

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 57 2/7/2021

EN BUSCA DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA



LLANO ZAPATA Y LA CREACIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA EN LIMA

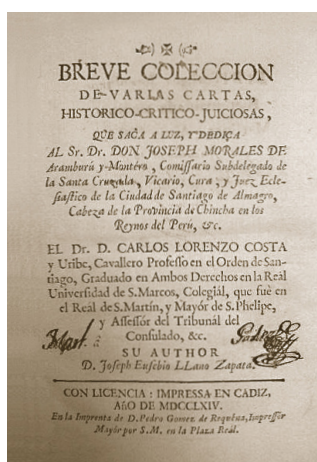
VÍCTOR PERALTA RUIZ *

El 28 de agosto de 1821, el general José de San Martín estableció la Biblioteca Nacional del Perú en la capital limeña «para el uso de todas las personas que gusten concurrir a ella». Además, la dotó con los libros que le acompañaron durante sus campañas militares. Acaso sin saberlo, el referido decreto del Protector hizo realidad la creación de un establecimiento público que, infructuosamente, proyectó desde España el ilustrado limeño José Eusebio Llano Zapata, a mediados del siglo XVIII.

La inminente celebración del bicentenario de la fundación del principal repositorio del libro en el Perú debería recordar con gratitud a San Martín y a Llano Zapata como sus dos principales mentores.

La Biblioteca Nacional tuvo como base unos 11,800 volúmenes de la antigua biblioteca jesuita del Colegio Máximo de San Pablo, en Lima, que había llegado a tener unos cuarenta mil volúmenes y era considerada en su época la más importante de América del Sur.

Fue desde su residencia en Cádiz, el 30 de junio de 1758, cuando Llano Zapata propuso por carta a su protector y amigo, el obispo de Buenos Aires, Cayetano Marcellano de Agramont, la creación de una biblioteca pública en Lima, aunque destinada exclusivamente para el disfrute preferente de la élite intelectual criolla. Esta autoridad religiosa se constituyó en la persona idónea para patrocinar dicha biblioteca porque durante la estancia de Llano Zapata en Buenos Aires no sólo le alojó y mantuvo económicamente hasta producirse su partida a la metrópoli. También le permitió consultar una serie de manuscritos de carácter histórico que había logrado reunir en su biblioteca personal. Entre esos materiales que Llano Zapata pudo leer destacó el perdido *Paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio de León Pinelo de fines del siglo XVII. Al conocer el interés del ilustrado limeño por redactar una novísima historia natural del virreinato del Perú, Agramont le obsequió dicha obra que aquel conservaría hasta su fallecimiento antes de extraviarse definitivamente. En la carta de 1758, Llano Zapata apeló inicialmente a la generosidad de Agramont para lograr la remisión de nuevos manuscritos de su propiedad a Cádiz, que le iban a ser de apreciable valor para culminar la redacción de los tomos tercero y cuarto de sus *Memorias histórico físicas crítico apoloéticas de la América meridional*, referidos a la descripción, respectivamente, del reino animal y de los principales ríos peruanos. A modo de reciprocidad, le prometió que todos los escritos originales que recibiera, los reuniría en unos suplementos empastados que anexaría a su obra. Tal era el único modo de preservar obras que, como las acumuladas por el arzobispo, iban a tener como destino fatal el «estrage de la polilla o ultraje de las injurias del tiempo».



Cartas de Llano Zapata, Cádiz, 1784. Derecha: José de San Martín

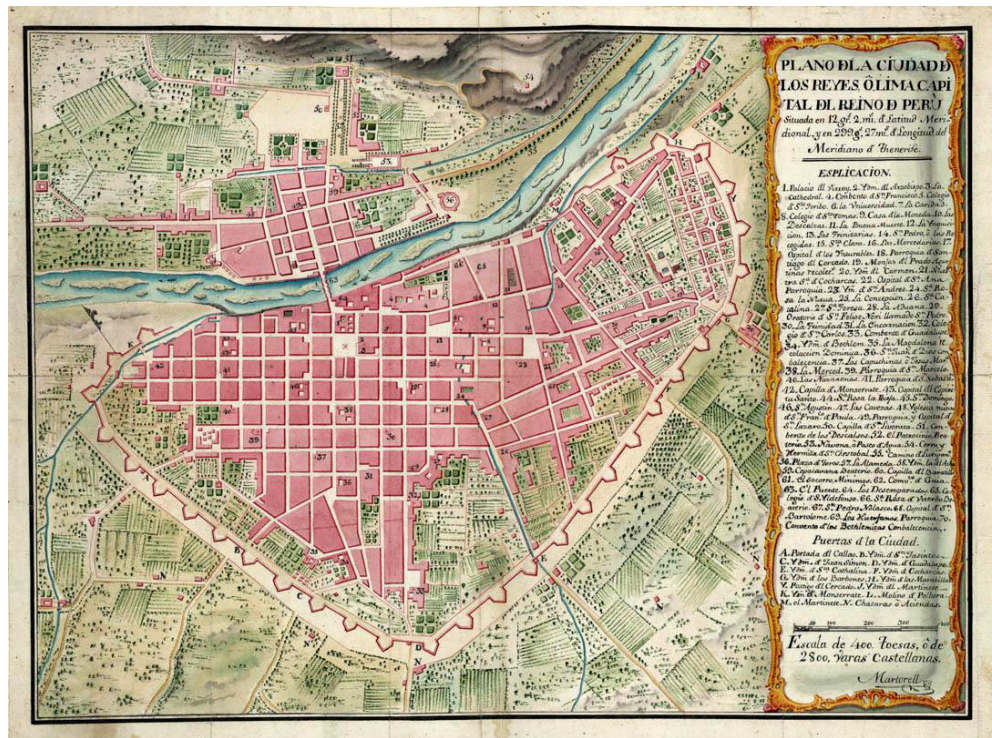


Seguidamente, Llano Zapata confesó a Agramont que era lamentable que se tuviese que recurrir al método de mendigar la ayuda de bibliotecas privadas, pudiendo haberse resuelto dicho problema con la creación de una biblioteca pública en Lima, cuando se llevó a cabo la fundación de la Universidad de San Marcos, en 1551. De haber existido un local en dicho centro de estudios para la consulta

exclusiva de los hombres de letras, aseguraba, «no hay duda que se hubieran recogido en ella (en 208 años) muchos originales que hoy los ha consumido el tiempo o se hallan tan esparcidos, que sería empresa bien difícil el juntarlos». Con conocimiento de causa, Llano Zapata añadió que varios manuscritos históricos habían caído en poder de ilustrados europeos que los utilizaban para recrear la leyenda negra de la conquista y colonización. Por ello, consideró como un asunto de «notable servicio al Rey, al Público y a la Patria» la creación urgente de esa biblioteca pública en Lima bajo patrocinio de la Universidad de San Marcos.

La formación de la biblioteca pública no sería una empresa dificultosa, afirmó Llano Zapata. El plan era sencillo y poco costoso: luego de ser oficialmente creada en la sala de Exámenes y Juntas Secretas de San Marcos, además de dotarla para mantener a tres bibliotecarios mayores y un bedel, debía abastecerse en adelante con juegos de libros proporcionados gratuitamente por los estudiantes sanmarquinos, como un derecho previo a su graduación. También consideró como indispensables donantes a personalidades como el rector sanmarquino Tomás de Querejazu y Mollinedo, los catedráticos Pedro Bravo de Castilla y Miguel Sainz de Valdivieso, el canónigo Esteban José Gallego de Castro y el oidor

Gaspar Pérez de Urquiza, todos con reconocidas bibliotecas privadas que constituyen «los mejores tesoros que guarda Lima». El mismo Llano Zapata ofreció sumarse a la dotación con quinientos impresos y manuscritos de su propiedad. Calculó que con todas esas obras reunidas en sus anaqueles, la biblioteca limeña superaría en poco tiempo en cantidad a todas las bibliotecas públicas sevillanas que había visitado. También en calidad, sería una de las bibliotecas más significativas del mundo por acumular gran cantidad de libros raros. En efecto, contempló que finalizado el proyecto, reaparecerían en un único



Ignacio Martorell. Plano de la Ciudad de los Reyes o Lima, capital del Reino de Perú, ca. 1780

recinto público «las ediciones de los *Elzeviers*, *Gryphios* y *Estephanos*, que hoy apenas se encuentran en Europa, no hay baratillo, ropavejería, o tendejón en nuestra América, principalmente en Lima, donde no se encuentren». La carta culminó con el pedido a Agramont a que, por su prestigio e influencia, hiciera suyo y alentara «un negocio, que ha de ser el más ventajoso al cuerpo literario de los nuestros». Cabe resaltar que durante sus pesquisas en los libros de protocolos del Archivo General de la Nación, Guillermo Lohmann Villena comprobó que los criollos mencionados por Llano Zapata legaron importantes bibliotecas a sus familiares tras su fallecimiento. Pero estos, tal como lo pronosticó el ilustrado limeño, finalmente se deshicieron de tales bienes, rematándolos al mejor postor, regalándolos o dejándolos que se apollaran. Se comprobaba así que las bibliotecas privadas estaban destinadas a una vida efímera sin el cuidado de sus dueños originales.

Llano Zapata nunca recibió una respuesta del obispo Agramont. El motivo fue aclarado por el propio ilustrado en una carta que dirigió el 18 de diciembre de 1763 al rector y catedrático de San Marcos, Juan Joseph Marin de Poveda. «Mi recurso llegó tarde», le comenta, y añade: «había ya muerto tan sabio y docto prelado». En efecto, Agramont falleció en La Plata el 28 de agosto de 1760, apenas unas semanas después de haber asumido como arzobispo de Charcas. Pero a esa mala noticia se sumó otra respuesta mucho más desalentadora: la indiferencia con que fueron recibidas entre los ilustrados de Lima las cartas que Llano Zapata les dirigió con el propósito de animarles a fomentar con sus libros la creación de la biblioteca pública. Al respecto, comentó este con desilusión que «ninguno de los nuestros (que yo sepa) se ha dado hasta ahora por sentido a un recuerdo, que lo que le falta de influjo, le sobra de inspiración. Habrán quizás ensordecido porque les va de un órgano que contemplan débil, como el mío. Mucho se engañan, si así lo juzgan». Sin dar por perdido su pro-

pósito, Llano Zapata animó a Marin de Poveda a que asumiera el encargo de mediar en el asunto de fomentar la biblioteca pública, sobre todo teniendo en cuenta su influencia sobre «amigos, que le veneran, discípulos, que le siguen, y apasionados, que le aplauden. Son ellos ricos, nobles, sabios, prudentes y juiciosos». Le adujo otro poderoso motivo, además de preservar los libros para emprender el proyecto, esto es, el de rescatar a los jóvenes limeños con talento e ingenio que, por carecer de cultura, se abandonan a la ociosidad, o se tienen que dedicar a oficios serviles. Es decir, concebir la biblioteca como un vehículo para la adquisición de un conocimiento utilitario, productivo y liberador.

Al no recibir ninguna respuesta del rector sanmarquino, el autor del *Epítome Cronológico o idea general del Perú* dio por concluido su frustrado empeño de que Lima alcanzara el privilegio en América del Sur de contar con un importante repositorio de libros y manuscritos para preservar su memoria histórica en el ámbito de la cultura intelectual. No se volvió a presentar un proyecto de similar alcance en lo que restó del siglo XVIII, ni siquiera cuando la influyente Sociedad de Amantes del País lideró el discurso ilustrado criollo durante el gobierno del virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos. La preocupación por crear una biblioteca pública como la propuesta por Llano Zapata escapó a las ocupaciones de los últimos ilustrados del virreinato, no obstante sus propias pasiones bibliográficas.

BIBLIOGRAFÍA

- José Eusebio Llano Zapata. *Preliminar y Cartas que preceden al tomo I de las Memorias Histórico Físicas Crítico Apologéticas de la América Meridional*. Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1759.
- José Eusebio Llano Zapata. *Breve Colección de varias Cartas Histórico-Crítico-Juiciosas, que saca y dedica al Sr. Dr. Joseph Morales de Aramburú y Montero*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1764.
- Guillermo Lohmann Villena. «Libros, libreros y bibliotecas en la época colonial». *Fénix*. Revista de Biblioteca Nacional, núm. 21, Lima, 1971.

*Historiador peruano y científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.

En la portada: Anónimo. *José Baquijano y Carrillo*. 1812. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.



LA TROMPETA DE ANTONIO GINOCCHIO

Se ha rendido en días pasados merecido homenaje a una destacada figura de la escena musical peruana del último medio siglo: el trompetista Antonio Ginocchio Acevedo. Nacido en una familia de origen italo chalaco, de formación autodidacta y hoy reconocido profesor de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, el artista tuvo en su infancia una experiencia musical decisiva, gracias a la afición de su madre por el piano. Ginocchio descubrió luego la trompeta, instrumento al que dedicaría sus mayores desvelos y del que llegaría a ser un reconocido intérprete, en base a una sostenida combinación de talento y metódica entrega.

En sus inicios, el joven trompetista formó parte de algunos de los conjuntos que animaban, con ritmo contagioso, los populares *salsódromos* de la capital peruana, como los recordados *El huaco*, *Los mundialistas* y otros centros de eufóricos y multitudinarios bailes. Estos espacios han sido evocados por Eloy Jáuregui, en su libro de crónicas *Pa' bravo yo*, de obligada consulta entre quienes buscan rastrear la bohemia urbana de esos años. Antonio Ginocchio inició allí su trayectoria y fue, poco después, contactado por Jorge Chávez, el saxofonista del grupo peruano *Black Sugar*, para integrarse a esta exitosa banda que venía realizando una entonces novedosa fusión de jazz con ecos afroamericanos y ritmos de la música latina y algo de rock.

La banda, cuyo vocalista y compositor era Carlos Mejía, y en la que participaron también el guitarrista Víctor Salazar, el tecladista Miguel Figueroa, el baterista José Cruz, el bajista Roberto Valdez y los percussionistas Coco Lago y Miguel Salazar, grabó dos apreciados discos de larga duración, producidos por el sello Sono Radio, dirigido en esa época por el famoso músico Jaime Delgado Aparicio. *Black Sugar* ofreció a mediados de la década de 1970 un concierto multitudinario en la Feria del Pacífico y se convirtió en un grupo especialmente solicitado, cuyas presentaciones se multiplicaban en diversos escenarios.

A partir de esta experiencia, la trayectoria profesional de Ginocchio se consolidó y el artista tuvo ocasión de integrarse a nuevos proyectos, entre los que destacan su participación en los grupos *Las Estrellas de la Salsa* y *Saravá Salsa All Stars*, una exitosa gira por Estados Unidos con el cantautor peruano Gian Marco y un concierto con la banda *Village People*. El trompetista se declara admirador de músicos como Miles Davis, Dizzy Gillespie y Arturo Sandoval, y continúa ofreciendo en la noche limeña unas aplaudidas incursiones por el latin jazz y la salsa con su particular cadencia.

https://www.youtube.com/watch?v=ZxYPN_1HIOQ
<https://www.youtube.com/watch?v=aaU4EP7qWhw>

AGENDA



José Sabogal. *Pucará*. Grabado, 1927

AIMARA PARA MÉDICOS

Aunque el primer libro que se publicó en el Perú, la *Doctrina christiana, y catecismo para instrucción de los indios* (Lima, 1584), fue una edición trilingüe en español, quechua y aimara, se debe al jesuita Ludovico Bertonio, afincado en Juli a fines del siglo XVI, el estudio de la primera gramática y vocabulario de la lengua aimara, que irradió su influjo desde tiempos preincaicos. El aimara es ahora una de las lenguas oficiales del Perú, con cerca de medio millón de hablantes, y a ella, precisamente, una médico cirujana y poeta, Luz Delia Justo Pinto (Moho, Puno, 1992), le ha dedicado un *Manual en aimara: elaboración de la historia clínica*, destinado a facilitar el trabajo del personal sanitario, donde predomina el uso de la antigua lengua del Collao. Esta práctica compilación se inspira, a su vez, en el valioso *Manual de semiología quechua*, del recordado médico puneño y catedrático de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, Julio Lopera Quiroga, que ha conocido varias ediciones.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
 Ministerio de Relaciones Exteriores
 del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
 quipuvirtual@ree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe